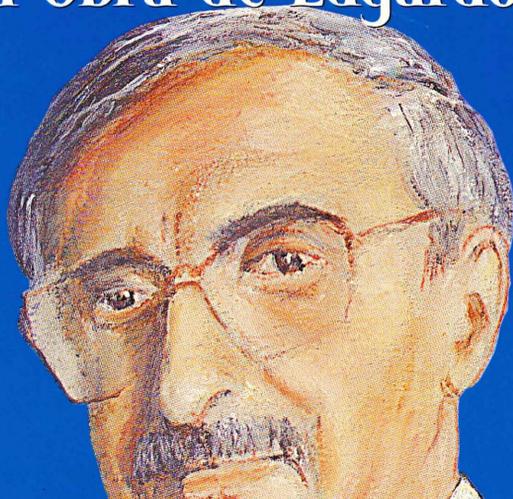
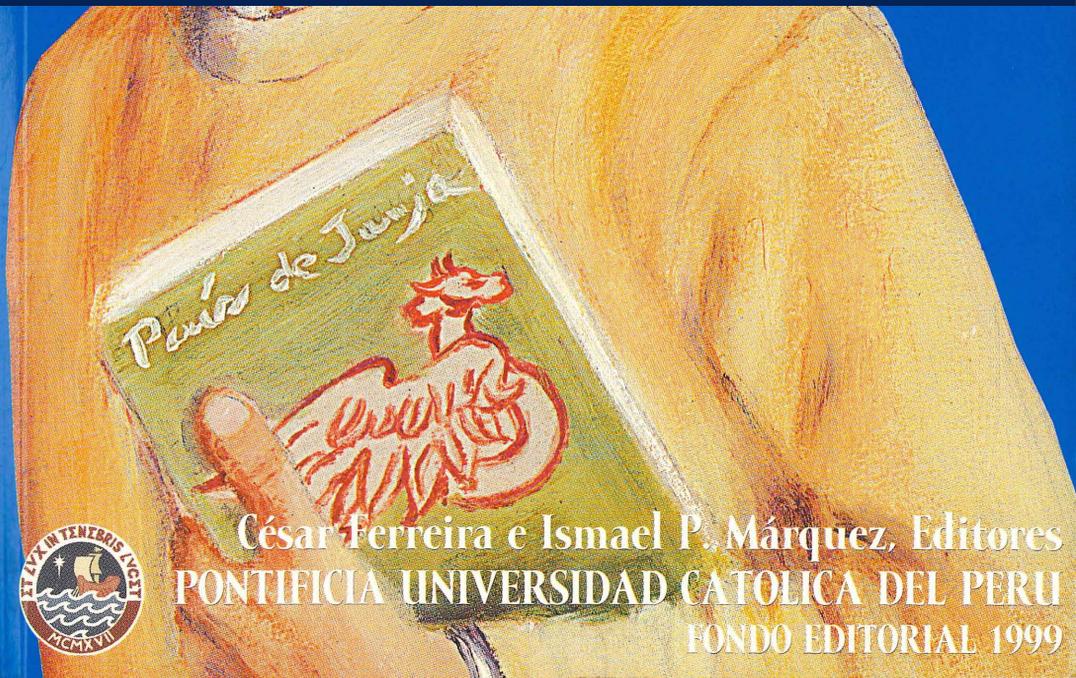


DE LO ANDINO A LO UNIVERSAL

La Obra de Edgardo Rivera Martínez



Capítulo 10



César Ferreira e Ismael P. Márquez, Editores

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1999



Primera edición: marzo de 1999

Cubierta: Dixie Ann Márquez y Michael Steele

De lo andino a lo universal. La obra de Edgardo Rivera Martínez.

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18 San Miguel. Lima, Perú.
Telfs. 460-0872 - 460-2291 y 460-2872 Anexos 220 y 356

Derechos reservados

ISBN 9972-42-157-0

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

CARTA DE XIMENA A CLAUDIO ALAYA MANRIQUE

Laura Riesco

Querido Claudio,

¿Cómo se escriben los personajes que se leen? He entrado en tu texto, he caminado por tus líneas en el terreno habitado por un muchacho serrano, serrano yo a mi vez, que te leo y te escribo desde otro tiempo y otra zona. ¿Qué busco, qué encuentro, Claudio, en ese tu recinto de lenguajes? Me acerco a ti tratando de alejarme de Edgardo Rivera Martínez, cómplice en tu producción, para aislarte en lo posible en tu papel de personaje. Me guía, de ese modo, un adolescente que se tutea recordándose en el pasado y que en sus “cuadernos secretos” anota los sucesos que le interesan, sus dudas y cavilaciones. Como todos los que sufren del afán de escribir, te recuerdas y te escribes cazando, atrapando lo que palpita en una realidad que fue, o que es, para fijarla en blanco y negro, inmóvil para siempre ya en tus páginas. A través de esa alquimia vas transformando la vida, su palabra viva, en el signo de lo escrito. A lo mejor, quién sabe, al leerte y escribirte a mi modo, he querido desentrañar tu deseo de llenar la página en blanco para saber qué es lo que yo deseo en mi viaje por tu Jauja. (Nunca fui a tu tierra. Laura Riesco estuvo a punto de llevarme a Yauli, pero Casilda, una prima y ahijada de mi madre desbarató tanto el orden aparente de mi casa, que ya no pudimos hacerlo. De haber ido y haberte conocido en ese entonces, hubiera buscado a Leonor para decirle que te conteste

aunque sea una carta. Perdona que a veces me vaya sin método por estas tangentes).

Tu mundo, Claudio, es un mundo *literario*, con todo lo que en la página ese término arrastra. No me refiero a tu gusto por los libros ni a tu manera de hablar que a los chicos de tu edad les parece rara, o al hecho de que tu familia, indudablemente, sobresalga por su intelecto, su afición al arte y a la buena música. No es eso, pero vives en el seno de una “familia feliz” -son tus palabras- rodeada por la paz de un pueblo que es el buque-sanatorio del señor Radulesco, la nave pintada y literaria de los locos y la “isla feliz” de tu hermana. Tanta felicidad se encuentra difícilmente en la literatura cuya intención es representar una realidad vivida. Paradójicamente, es porque presentas una familia tan bien avenida, tan utópica, que rebalsas los límites de lo convencional en el realismo y, sin embargo, haces, de todas maneras, *literatura*. En tu círculo hogareño, ciertamente no existen los problemas de la “novela familiar” freudiana. Tu padre, y de veras siento mucho que tuviera una muerte tan injusta, está, en este caso, convenientemente ausente. Tu abuelo Baltazar ronda el ambiente como una benéfica sombra tutelar y musical. A la edad en que generalmente, y más en alguien como tú que piensa mucho, uno esperaría la crisis natural del distanciamiento y la propia afirmación individual, proceso en que se mira y juzga con ojo crítico a los padres intachables de la niñez, para ti es inexistente. Nada de eso, como tampoco hay rivalidad ni fricciones ni discrepancias fraternales. Hasta tu lenguaje, Claudio, me pareció en un principio arcaico, como el de las novelas de antes cuando, sin sonrojo o auto-conciencia, el texto se quería escribir “bonito”, distinto al de la comunicación diaria. Mientras te recuerdas en los detallados diálogos familiares, por lo general, los adjetivos preceden a los nombres y Abelardo, con frecuencia, te llama “joven hermano”. Y, no, sospecho que no se trata solamente de un uso provincial y de esa época. Aunque así fuera, para el momento en que más tarde te recuperas en el texto, resulta un tanto insólito. Escoges, o tal vez, la necesidad del texto escoge para ti esa suerte de estilo.

¡Qué personajes -es así como casi siempre los designas tú- los

que pueblan tu Jauja! Se colorean sus páginas con un cura fanático, caricatura de inquisidor, que amenaza a gritos con la muerte, y su inocente adversario, un carpintero dulce que talla ataúdes y que por las noches predica líricamente la vida renovada en el curso eterno de la naturaleza. Como salido de un cuento de hadas o de las historias antiguas, presentas a un bastardo atractivo y sombrío, aquejado de un mal, especie de hechizo, que lo hace llegar al extraño palacio donde se recluyen los sufrientes. Solo completamente, sin la marca del apellido paterno, nunca desentrañó el misterio de sus orígenes. Misterio, por igual, -lo comenta tu hermano- es el que sepa y conozca tanto y a tantos en el pueblo; Mitridates, el de rostro griego, “ángel pastor de muertos” y por su propia espada, némesis de los abusivos. ¿Y qué decir de tu barbero quijotesco? Hosco, de mal genio, de lenguaje sorprendentemente rebuscado, nostálgico y orgulloso de lo que su tierra fuera para él en otra época, idealiza su propia Jauja con prejuicios equívocos. No obstante, dime, ¿no erraba y se violentaba en su desvarío también nuestro Quijote? Cristóforo Palomino, solterón, niño viejo de mamá, ambicioso de cultura, no desiste en sus latines pese al ambiente provinciano, y artista nato, tampoco en sus bellísimas enjalmas; admirador de la República y de González Prada, Palomeque manifiesta, para tu asombro, su idealismo en una feroz defensa de las libertades ciudadanas. ¡Y qué decir de tus tías! Afortunado, tú, Claudio, por tener esas tías viejecitas que son agua para la fuente de tu imaginación, que esclarecen para ti, a retazos, los rincones del pasado y atan los cabos de lo que te intriga. (¡Si supieras los problemas que a mí me causaron las tías! Llegué a conocer a dos ancianas deliciosas en mis vacaciones a la costa, pero insegura de sus intenciones, no quise recibir de ellas sino un manojo de hierbas fragantes).

En su lengua balbuceante, que insinúa pero que no delata en ninguna transparencia su significado, Ismena y Euristela de los Heros te ofrecen la semilla de una historia trágica, antigua como los mitos, usada, rehusada y trivializada en los dramas y dramones de nuestra época. Tú, poco a poco, y por medio de otras bocas, la vas reconstruyendo y reconstituyendo con todo el peso transgresivo que el incesto en nuestra cultura conlleva, y que en tus páginas renueva un antiguo motivo litera-

rio. El tapiz que diseñas de Euristela, se entreteje con Antígona, y así tu tía viaja y vuelve de una tragedia griega, vuelve y viaja también a los entierros fúnebres de los antiguos gentiles en Raupi. Cómo tú mismo dices, citando a otro griego, “hay un abismo entre la realidad y la literatura”, un abismo de veras impasable, pues la realidad no vive ni se refleja en la página. A la postre, lo que terminamos por hacer es ir de las palabras a las palabras, de la historia, de un texto, oral o escrito, a otro texto. Por otra parte, ¿cómo no va a interesar a nivel de la imaginación, el territorio vedado del tabú? Una vez, porque a los personajes -sea cual sea nuestra edad- se nos permite todo, salté de mis dos caminos y me metí en uno de los libros de un tal señor Bataille. Me contó con pena cuánto sentía que el cristianismo hubiera rechazado en sus ritos los días religiosos de celebración pagana; en ese entonces, me leyó, se quebrantaban las prohibiciones que regían las leyes y el trabajo en la vida ordinaria, para que en las festividades, esos tabúes no fueran sólo permitidos sino sacralizados. Nos queda un remedo muy pobre de lo que nuestra población nativa celebraba -o celebra quizá todavía en algún sitio- durante los Carnavales. ¡Y Claudio, a ti se te ocurre enfermarte de sarampión justo para este tiempo!

Ya que, mientras te escribo, toco el asunto de transgresiones, te contaré que me encantó que te acusaran de mentiroso como a mí. (Mis mentiras, sin embargo, y tal vez porque no las comprendía del todo como tales, hicieron mucho daño a otros personajes). Tú puedes consolarte porque seguramente ya habrás incursionado por tu cuenta en las páginas de San Agustín, y en su lista de mentiras, las tuyas se perdonan fácilmente. ¡Qué fábula la del heliotropo a costa del “maligno rapaz” y del suspicaz peluquero! Siempre andabas exagerando, novelizando, alterando la realidad de los acontecimientos, haciendo personajes, confundiendo -¡es tan fácil eso cuando se anda de libro en libro!- aquello que leías con lo que te rodeaba. ¿Mas no te parece que si la verdad existe, existe precaria y solamente en el mundo, según un valor *a priori* adjudicado en las circunstancias fuera del lenguaje y, sobre todo, no en la página? En una de las conversaciones que tienes con Laurita sobre tus tías, tu hermana señala, “Cualquiera diría, Claudio, que inventas y vuelves a inventar a tu gusto ese mundo...” Muy certeramente le res-

pondes, "Pero dime, al conversar tú y yo sobre ellas, y al conversar todos en la familia como lo hacemos, ¿no inventamos también, poco a poco, a nuestras tías?" Ella, a su turno, añade, "Y quizá a nosotros mismos". Otra vez, en la misma vena, Laurita indica, "Y aún podríamos preguntarnos si no somos ya tus personajes."

- "Así resultaría yo también una invención de mí mismo," le contestas.

Cierta noche te preguntas qué será verdad, lo que Leonor o Zoraida piensan de ti. Tú mismo no lo sabes, pues ¿cómo se verifica una imagen hecha de otras imágenes, recuerdos y palabras? Tal vez, si tuviéramos un punto estable y garantizado, como dicen que sólo Dios tiene, la verdad no sería tan elusiva. Más aún, si Edgardo (¿se ofenderá que lo llame así, a secas?) quiso inventar ese verano recordándote, ¿no seleccionó, ordenó, dio nombres a las experiencias mediante ciertos vocablos y no otros en una "especie de conquista del azar", -palabras de un francés querido que murió atropellado-, que siendo azar es juego y que siendo juego no es ni verdad ni mentira, sino artificio, arte?

En esta aventura errante de la letra, puedes también transgredir la continuidad y el estilo de los diálogos, para rememorar poéticamente a tu abuelo Baltazar de acuerdo a tu deseo. Con esa libertad, introduces igualmente, un fragmento bellísimo, que sigue a la entrada en tu diario el 25 de marzo por la noche. Pasaje aislado y en *itálica*, sin fecha y con un matiz lírico y particular, te aproximas a Mitrídates. Puedes ser, por otra parte, hacia el final, la "presencia sin nombre al otro lado del tiempo" a la que la voz de Antenor/Agenor relata, con la misma minucia que tú en los diálogos, la terrible y final conversación que tuvo con su padre, el señor de los Heros. Y es absolutamente posible -en el curso de la página ¿por qué no?- que sin habérselo tú confesado, Abelardo conozca la extraordinaria escena entre Palomeque y Calixto Miramontes. ¿De quién es la voz que relata este episodio? No está en *itálica*, como tus cuentos, tus diarios y las historias de Marcelina; no apareces directamente tú, como en los diálogos. Según el pobre peluquero, es "un sueño o un sueño en vigilia inducido" por ti. Un sueño,

que *dentro* de la producción del texto no es más veraz o falso que otros sucesos en la novela. Sí, Claudio, como dices, es tan grande el “poder de la fábula”, que en su imperio, tu cuento sobre la tía Grimanesa y Oliverio Pajares pudo, quién sabe, hasta cambiar el pasado.

Tu tía Rosita, la del gorrito gracioso y el loro grosero, te pregunta un día sorprendida, “¿Por qué te fijas tanto en los nombres?”, y tú mismo en tus cuadernos admites la atracción y curiosidad que te causan: “Hay extraños enredos de nombres en Jauja”, escribes. A veces pegan a la maravilla con el personaje que los lleva y otras no. Así, y según lo que señalas, tu hermana Laura Felicia, “tan tranquila, tan alegre”, merece el suyo, mientras que Abadesa de la Barra, por las cueras que les da a sus sobrinos, podría bien haberse llamado Abadesa Correa y, por el contrario, al malvado can Tocho, el suyo le cae de perillas. Coincidencias por las que en la familia de Rosalinda, la novia de Felipe, hay tantas rosas, y locuras que hacen exclamar a tu tía Marisa, “¡Ave María, así que los gatos son aquí judíos, griegos los asnos y árabes los perros!” Coincidencias y locuras en las que Elena Oyanguren es tan semejante a la imagen que tienes de la Elena homérica; hay un papagayo pintado en el carro de Celedonio Pajares “que muy bien podías aprovechar con literarios fines”, y la peluquería El Minotauro, cuyo dueño, a punta de cuentos podrías convertir en mito, trae a su vez el eco de las corridas y las enjalmas. El padre de Euristela, que según tú debería haber sido Auristela, la llama a veces Eurídice y al hacerlo, de cierta forma, pronostica el descenso infernal de su aislamiento y oscuridad mental sin que ella deje nunca de añorar el mundo que perdió arriba, en las punas de Yanasmayo. Fox Caro, quien pudo haber sido Xavier o Severiano, fuera de carpintero y predicador de esperanza, es un violinista quizá desde siempre enamorado de Eurídice/Euristela. En en el ataúd que les fabrica con esmero, tus tías descienden por segunda vez a las tinieblas y aquél se convierte para ti en “viejo Orfeo”. Depositario tú de sus recuerdos, las señoritas de los Heros vuelven a florecer en tu leyenda cada vez que las leemos.

Federico Yépez, ese grandioso personaje, el ajedrecista “a tiempo completo” y con una mano de cuero enguantada que causa en ti temor,

te asombra porque está, igual que tú, en ese juego de nombres. ¿Por qué, pregunta él, no se llamó Federico el Grande, y mejor aún, Federico Pachacútec? ¿Y por qué, en vez de Claudio, no te llamas tú Tiberio o Calígula? ¡Qué bien que sabía su historia romana! ¿Crees que la leía entre jugador y jugador en su cuartito de penumbras? A ti, los otros nombres hipotéticos que te sugiere te parecen ridículos. Debe ser por la mala fama de esos emperadores, no por su sonido. En nuestra sierra se solían dar nombres que con el tiempo van entrando en desuso. Mira que Sofonías, Adeodato, Ruperta, Leopoldina, Eleuterio, Eufrosina, Segismundo, Epifanio, Nicolasa, Tarsila y Domitila, Cristóforo y Leovigilda, entre otros, podrían a su vez parecer igual de absurdos. En tu casa hay más bien nombres agradables o, si quieres, más al tono moderno: Laura, (¡qué bonito! ¿no?), Marisa, Abelardo -¿se te ocurrió que Florencia, su enamorada, contiene en sus signos el sonido de Eloísa?, claro que en su caso, en nada le vendría a tu buen hermano-, y estás tú, Claudio Ayala Manrique, que, en serio, es tan hermoso que parece reclamar una copla en su memoria. Por otro lado, las amigas de tu hermana se llaman Mercedes, Cristina, Berta, María del Carmen y los tuyos, Julio Leandro, Felipe y Tito. Será cuestión solamente de cambios generacionales, nada muy importante, pero tengo que escribirte sobre esto porque, como a ti, a mí me rondan como fantasmas luminosos los nombres de los personajes. (Me he preguntado a veces, por qué, llamándose mi madre Isabel y mi padre, Enrique, nombres tan comunes, modernos sin dejar de ser antiguos, a mí me plantaron el Ximena que, es tan desusado como Tarsila, y que en mí nada tiene que ver con la esposa del Cid y menos todavía con Sofía Loren). Dejando bromas aparte, Claudio, no sé, creo que los sonidos, las palabras, fuera de su significado, sus probables resonancias míticas o históricas, tienen en sí una materialidad que no es ni tiene que ser transparente. Se olvida lo que pueden representar en la comunicación ordinaria, para entrar en una otredad que le es propia en su signo y en su voz. Tú lo dices tan bien al encontrar “amethyste, corindón” en el diccionario y añadir, “... ¿cómo no ha de haber una magia en los nombres?”

¡Ay, Claudio, se me está haciendo demasiado larga esta carta y hay tanto más sobre lo que quisiera escribirte! ¡Tan rico en episodios

tu verano poco antes de los dieciséis! En esa evocación novelizada, ¿cómo iba a faltar algo sobre tu educación sentimental? Elena, intocable, es para ti sólo una imagen, “un perfume exótico”; Zoraida Yasmína, te inicia en la experiencia erótica con toda su belleza mora y su discreción de dama; y Leonor, a quien pretendes con ternura, es la *sullawayta*, la flor de escarcha, la que también conoce a los *amarus*. Me hubiera gustado elaborar sobre los mundos en que viajas, de los huaynos, yaravés y hualijias, a Telemann y Mozart; de Homero a los relatos de Marcelina, a los poemas de Vallejo y la novela de Alegría, oscilante, tú, al mismo tiempo, entre la tentación de la música y la literatura. Durante los mismos días en que practicas con más tesón que nunca el órgano y el piano para tocar la composición de tu abuelo Baltazar en la misa fúnebre de tus tías, es cuando optas abiertamente por la escritura. Quizá si Edgardo te hubiera situado unos años más tarde, hubieras emulado a Arguedas y hubieras decidido, como lo sugiere en una ocasión tu hermano, por trabajar en la recopilación de nuestra música y por la letra.

¿Es una ilusión hecha de espejos el desarrollo a la madurez, al conocimiento de ti mismo, que vislumbra y vislumbro yo en tu futuro? ¿Por qué, a pesar de que somos personajes, de que somos ficciones, nos atrae la idea de buscarnos y encontrarnos en una sola imagen totalizante? ¿Te imaginas a Marcelina o a don Fox Caro, que parten y surgen de discursos diferentes, ambos integrados, no obstante, al mundo natural que los comprende, te los imaginas añorando, intentando conocerse? A lo mejor porque esa búsqueda es inalcanzable Rembrandt se pintó setenta veces y, muchísimo antes, Narciso se hundió en su propio reflejo. Desplazados en la estructura de la narración, tú, yo, mediante lenguajes que confrontan una realidad posible y con las tensiones que acarrearán las contradicciones del mundo, incluyéndolas, descartándolas, queremos reconciliar una sola identidad que se nos escapa y que aun fija en la página, rehusa afirmarse. Al buscarte, al mirarme, ¿no hay *otro*, que en su objetivización ya está fuera de nosotros mismos? ¿Ese *otro* no se hunde en el agua para fluir y seguir fluyendo? ¡Qué complicado todo esto! Por lo menos, a Edgardo y a Laura, no tenemos que buscarlos, como buscó Augusto Pérez a Unamuno y sus seis perso-

najes a Pirandello. No es necesario que nos rindan cuentas de su autoridad, porque solitos, se han ido destronando en ficciones que se escriben a medida de su propio desarrollo al implicarse ellos mismos como personajes en su propia producción.

Me despido de ti, Claudio, con un placer enorme de haber podido caminar por las páginas de tu *Pais de Jauja*. Te dejo, feliz yo, por haberte conocido, feliz tú, en la página 548 de la edición de PEISA, un domingo jaujino después de la misa, acompañado de Leonor, de tu familia, en un día en brillante de sol, y cuando “el aire es límpido, clarísimo”.

Tu paisana de las alturas,
Ximena de dos caminos